

Sin responder á ninguna de sus preguntas, le echaron en un calabozo, y á pan y agua por todo alimento.

Ese desgraciado no tenia entónces mas que veintidos años.

Al principio, soportó con valor su mala fortuna; pero al cabo de cierto tiempo, la humedad, la falta de vestidos y de un alimento suficiente, alteraron su salud hasta el punto de hacer temer por su vida.

Entónces lo pusieron en un aposento, y le dieron ropa blanca y vestidos para reemplazar los que tenia y que se le caian á pedazos.

Conociendo la necesidad de alimentar su espíritu, pidió como único favor el permiso de hacer llevar á su prision muchas balijas que le habia legado su padre, en las cuales habia documentos preciosos respecto de las batallas y de los sitios en que el duque habia mandado, y de los cuales Luis José ya habia arreglado y publicado una parte.

Rehusáronle esta satisfacción: sus balijas habian sido cogidas y llevadas á la Bastilla, de donde en 1787 fueron trasportadas al depósito de los manuscritos de la Biblioteca del rey, por orden del baron de Breteuil.

Pasáronse los meses, luego los años.

Vencido por los padecimientos morales, mas que por las desgracias físicas que le hacian soportar, el pobre cautivo se decidió á escribir á su enemiga Mad. de Châteauroux.

No podia creer que esa muger, á la que tanto habia amado y que habia correspondido su amor, fuese inaccesible á la piedad.

Habia expiado tan cruelmente el agravio que la hizo!....

Sus cartas no tuvieron respuesta.

El desgraciado no podia creer en tanta crueldad.

Escribió al rey suplicándole que le perdonara, y no obtuvo mejor resultado.

Habian pasado muchos años, cuando por una casualidad enteramente particular, supo que Mad. de Châteauroux acababa de morir.

—En fin,—dijo,—van á acabar mis males!

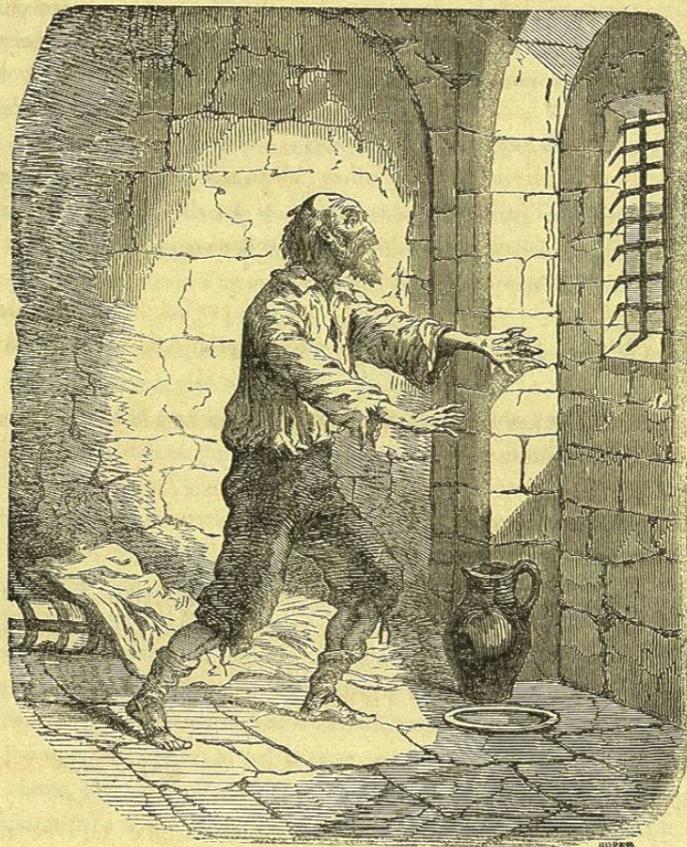
Pero no sucedió así.

Habíanle encerrado allí para ser *olvidado*, como se decia en aquel tiempo en el lenguaje de la policia, y así era en realidad.

Sus cartas no salian del Torreon sino para ir á la Bastilla: tal vez ahí eran abiertas, pero no salian de aquel lugar.

Así pasaron VEINTIOCHO AÑOS, sin que el desgraciado recibiese ni una palabra de consuelo de afuera: sus cabellos habian emblanquecido, luego se le habian caído.

Como no hacia ejercicio, sus miembros habian perdido su resorte, su vista estaba apagada: á los cincuenta años tenia la apariencia de un centenario, y solo apoyándose en la pared lograba acercarse de su jergon á la ventana de su cuarto.



En fin, murió en esa espantosa prision, sin socorro, sin consuelo.

La mitad de su vida no fué mas que una larga agonía.

Sin esperanza de otra vida, habria para dudar de la justicia de Dios!

A la duquesa de Chateauroux y á algunas otras, sucedió Mad. de Pompadour, incansable proveedora de las prisiones de Estado.

Sus primeras víctimas fueron un tal Laroche-Guérault, acusado de ser autor de un folleto titulado: *La voz de los perseguidos*, y el caballero de Langoula, culpable de haber escrito á la favorita algunas cartas anónimas, en que la advertia caritativamente de lo que tenia que temer de sus amigos.

Avisado Laroche-Guérault de que le buscaban, se refugió en Holanda; pero esto no lo salvó, porque, acaso los embajadores del rey cristianísimo, no eran lacayos de esa desvergonzada Mesalina?

En esta circunstancia, el que representaba á Luis XV en Holanda se esforzaba en dar pruebas de adhesion.

Hizo un negocio de Estado de la estradicion del pobre escritor, una especie de *casus belli*, y le entregaron al culpable, quien fué encadenado, puesto en una silla de posta y llevado á Vincennes, donde murió despues de veinticinco años de cautividad.

El desgraciado ni siquiera conocia la obra de que se le suponía autor.

La misma suerte corrió el caballero de Langoula.

En vano protestó que solo habia querido dar útiles avisos: la favorita tomó por injurias esos avisos; no quiso desistir de nada, y el caballero fué á podrirse en el Torreon.

Tal fué tambien la suerte de Latude, cuyas desgracias hemos referido en nuestra *Historia de la Bastilla*, y cuya historia completaremos aquí, refiriendo los padecimientos que sufrió en el Torreon de Vincennes, durante los diez últimos años que pasó encerrado en él.

Despues de su segunda fuga de aquella prision en 1795 (1), Latude escribió al duque de Choiseul, entonces ministro, el cual estaba con la corte en Fontainebleau, para anunciarle que iba á verle á fin de que fuera su juez, suplicándole como único favor, que no le sentenciase sino despues de oírle.

En efecto, llegó á Fontainebleau el 18 de Octubre y se presentó en audiencia al ministro; pero Choiseul, en vez de oírle, le hizo aprehender y volver á llevarle á Vincennes, donde tuvo que padecer largos y crueles tormentos, los cuales refiere en sus Memorias en los términos siguientes:

“ Me pusieron en un calabozo horroroso, que solo su aspecto hacia temblar: es el señalado con la letra A.

“ No tiene siete piés y medio de largo, sobre ménos de seis de ancho; cuatro puertas á un pié de distancia una de otra, unas con barras de hierro, y todas con tres enormes cerrojos que la cierran!

Vease la *Historia de la Bastilla*.

“ En esa tumba fué donde me precipitaron.

“ Ignoro cuanto tiempo permanecí en aquel calabozo; no sabia en él cuando era de dia y cuando de noche, y para calcular las horas, solo tenia mi imaginacion.

“ Sin duda que allí hubiera sido mi sepulcro, y que hubiera quedado enteramente olvidado, sin la humanidad de mi llavero.

“ Sentia que se acercaba mi muerte, sin duda que la sentia poco; pero sus lentos horrores me abrumaban.

“ Un dia que aquel hombre me llevaba pan seco, que hacia muchos meses era mi único alimento, reanimé mis sentidos para arrastrarme hasta él; le así de las manos, y con los restos de una voz ahogada le dije:

“ —Amigo mio, tú eres hombre, y me parece que eres sensible. . . . Algunas veces he sorprendido una lágrima pronta á escaparse de tus ojos á la vista de mis horrosos tormentos; de tí depende hacerlos cesar: escoge entre un veneno y tu cuchillo; dámelo, y aún tendré bastante fuerza para desgarrarme las entrañas; por piedad, dámelo! No me llores, y no acuses mas que á mis verdugos.

“ Aquel hombre no me respondió mas que con sus lágrimas.

“ Salió de mi calabozo, y pocas horas despues, ví entrar en él al cirujano del castillo.

“ Me halló en el estado mas espantoso; estaba yo prodigiosamente hinchado; notó que todas las partes de mi cuerpo conservaban la huella del dedo cuando me lo aplicaban: juzgó que si no se me socorria pronto, iba yo á perecer.

“ Pero ¿cómo habian de socorrerme, de cuidarme, de darme reposo y medicinas en aquel lugar infecto, donde no aspiraba yo mas que veneno, donde no entraba el aire mas que por el boquete en el momento en que el llavero iba á servirme; en aquel lugar tan húmedo, que mi paja, que era mi único mueble, estaba siempre podrida; en donde era imposible que tuviera yo la mas ligera transpiracion, y que se reanimasen mis sentidos embotados por el frio; en aquel lugar tan pequeño, en fin, que no podia moverme ni estar en otra postura, que permanecer acostado en mi paja ó en la tierra.

“ El cirujano que se llamaba Fontellian, espantado con aquel espectáculo, decidió que al momento era preciso llevarme á mi cuarto.”

Esta decision asustó al gobernador: los llaveros fueron por el moribundo, y lo trasportaron al primer cuarto de la izquierda, á la entrada del Torreon.

Allí se restableció pronto Latude, gracias á su buena constitucion y á los cuidados que se le prodigaron.

Con su salud recobró su infatigable actividad.

Valiéndose de un pedazo de hierro, no tardó en hallar medio de taladrar una pared de seis piés de espesor, y de platicar por aquel taladro con los presos que tenian permiso de pasear en el jardin de la fortaleza.

Uno de ellos le dijo que se llamaba el baron de Venac, capitán del regimiento de Picardía, hijo del conde de Beluse.

Hacia diez y nueve años que expiaba la culpa de haber dado á la marquesa de Pompadour, un aviso que interesando á su vida, podia tambien humillar su orgullo.

El segundo preso con quien Latude hizo conocimiento de este modo, fué el baron de Vissec, otra víctima que la marquesa de Pompadour habia hecho aprisionar por la simple sospecha de que habia hablado mal de ella.

Hacia diez y siete años que estaba en el Torreon, y la cautividad le habia debilitado de tal modo, que andaba con mucho trabajo.

Poco tiempo despues murió en su prision.

El abad Prieur fué otro de los presos que entablaron correspondencia con Latude por medio de su agujero.

Ese eclesiástico habia inventado una nueva ortografia, tendiendo á escribir un gran número de palabras con las ménos letras posibles.

Sabiendo cuán apasionado era el rey de Prusia á todos los nuevos descubrimientos, se le ocurrió dedicarle su invencion, y en parte le habia escrito segun su sistema, de manera que su carta era una mezcla singular de frases ininteligibles, y otras que no podian serlo sino despues de un detenido ecsámen.

Habiendo sido descubierta esa carta en el correo y enviada á los ministros, estos, que no comprendieron nada de ella, se convencieron de que se trataba de un gran complot contra el Estado, y dieron orden de aprehender al abad Prieur y de encerrarle en el Torreon de Vincennes, donde murió al quinto año de su cautividad.

Latude pudo aún conversar con el caballero Pompignan de Mirabelle, quien encorvado bajo el peso de los años, le refirió que habiendo oido recitar cuatro versos satíricos contra M. de Sartine y la marquesa de Pompadour, tuvo la desgracia de repetirlos en una numerosa reunion.

“ Avisado, decia el caballero de Latude, de que M. de Sartine iba á lanzar contra mí una orden de prision, me presenté á ese magistrado, rogándole que me dijera á qué prision queria que fuese.

“ —A Vincennes,—me respondió.

“ Subí á mi carruage, y sin volver á mi casa, vine á constituirme preso en el Torreon.

Apénas fuí secuestrado, cuando llegó la orden de mi detenida.

“ En el primer momento creí que no era mas que un juego; pero este juego dura hace once años.

“ Diversas veces he visto á M. de Sartine, en las visitas que acostumbra hacernos una vez por año, y nunca he podido sacarle mas que estas palabras:

“ —O sois el autor de los versos en cuestion, ó conoceis al que los compuso: en el segundo caso tambien os hace culpable vuestro obstinado silencio: nombrad al autor, y sois libre.”

“ Difícil me habria sido recordar el nombre, si fuera capaz de semejante indignidad, porque lo ignoro absolutamente.”

Este anciano venerable tambien murió en su prision.

En fin, Latude conversó con el conde La Roche du Maine, padre de Mlle. Tiercelin, de quien hemos hablado en la *Historia de la Bastilla*, y con otros muchos presos ménos importantes.

Todo eso pasaba bajo el gobierno de M. de Guyonet, hombre de costumbres suaves, inflexible en el cumplimiento de sus deberes y de su cargo; pero sin escederse jamas, é incapaz de entregarse á esa vil tiranía tan del gusto de sus predecesores, y á la que debia entregarse sin reserva su sucesor, M. de Rougemont, hombre árido, cruel, zeloso de su autoridad, y alimentándose con una especie de voluptuosidad con los padecimientos de los desgraciados confiados á su vigilancia.

Hé aquí el retrato que Mirabeau hace de ese miserable, nombrado gobernador en 1767: "Este hombre tiene la impertinencia de la mas orgullosa ignorancia. Es un globo lleno de viento. Penetrado del sentimiento de su propia importancia, quisiera inspirarlo á los demas, y hacerse considerar como un hombre esencial y necesario al Estado, lo dice y aun lo cree; tan presuntuosa así es la necesidad, ó tanto así se incorpora la mentira al mentiroso.

"Como la vanidad no tuvo jamas una costumbre mas repugnante, recibe frecuentes desaires de los que no le están subordinados, y sus pretensiones siempre desechadas, renacen siempre de sus humillaciones.

"Cómo se venga de ellas? Haciendo doblegarse al peso de sus antojos, á todo el que está bajo su dependencia.

"Incapaz de todo, y reducido á hacerse valer por sus bagatelas, su estúpida imaginacion, agitada sin cesar por el amor propio, se evapora continuamente en hallar algun medio de estender su imperio, de multiplicar las precauciones, de hacer, de deshacer, en una palabra, de representar un papel.

"Por todas partes va arrstrando su enorme corpulencia: los sarcasmos llueven sobre él, no importa; él continúa zumbando su fastidiosa importancia; burlarse, el dar de latigazos á un liron; miéntras mas se le chicotea, mejor duerme.

"Pero en el Torreón es un déspota absoluto, que goza cuando puede abrir los calabozos, cargar de cadenas, descargar un cetro de hierro."

Era tal la crueldad de ese hombre, que Latude afirma haber visto, en el espacio de tres meses, que cuatro presos se ahorcaron con sus propias manos, para sustraerse á la rabia del gobernador.

En la *Historia de la Bastilla* hemos referido cómo Latude, despues de increíbles padecimientos, recobró al fin su libertad, despues de haber sido llevado de Vincennes á Charenton, y de Charenton á Bicetre.

El lector puede conocer ahí esos acontecimientos, y nosotros, retrocediendo algun tiempo, vamos á volver á la historia de muchos presos importantes de quienes hemos guardado silencio, á fin de no interrumpir la narracion de los hechos, para cuya inteligencia debia servir su encadenamiento.

VII.

Crébillon hijo, y su compañero de prision.—Cárlos Eduardo Stuart.—Diderot.—El abad Morrellet.—El marques de Mirabeau.—El prevoste de Beaumont en Vincennes.—Asaltos y combates en un calabozo.—Los goees del convento.—El conde de Sade Goupil y otros.

Generalmente se cree que despues de la regencia del duque de Orleans, que no fué mas que una prolongada orgía, se mejoraron las costumbres de la corte y de los grandes en general.

Esto es un error, y nada lo prueba mejor que la publicacion de la novela de Crébillon hijo, intitulada *Tancai* y *Néardané*, en la que, segun la opinion de los contemporáneos del autor, las costumbres corrompidas de aquella época están pintadas con la mayor fidelidad.

Pero entónces era, sobre todo, cuando habia peligro en decir la verdad, y Crébillon lo reconoció, cuando una noche fueron á arrancarle de su domicilio para conducirlo al Torreón de Vincennes.

Es verdad que su cautividad fué de corta duracion, y no podia ser de otro modo, porque entónces algunas novelas de ese escritor, hacian las delicias de las mas grandes señoras; por otra parte, su prision no fué señalada por ningun acontecimiento, sino por la aparicion de un raton domesticado por el predecesor de Crébillon, y á la que éste, llegado en la noche al Torreón, permitió participar de su cama, tomándolo por un gato.

Sorprendido por la mañana de la desaparicion de su camarada de cama, lo llamó Crébillon; queria á los gatos, y se prometia distraerse algo con la educacion que queria dar al que le habia acogido tan bien; pero por mucho que llamó y que buscó, no pareció el gato.

Llegó la hora de la comida; el preso se puso tristemente á la mesa, y apenas habia comenzado á comer, cuando se oyó un ligero ruido, y se presentó un animal en medio del cuarto, donde sentado gravemente, parecia esperar que le dieran parte en el festin.

Crébillon, pensando que aquel era su gato de la víspera, se apresuró á arro-